PRESAGIO

-El nuevo comienzo de la humanidad y el nuevo nivel de conciencia-

Héctor Belmar

PRESAGIO

- El nuevo comienzo de la humanidad y el nuevo nivel de conciencia -

Héctor Belmar

Avant
editorial

Primera edición, junio de 2026
© Héctor Belmar, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com
Diseño de portada: autor de diseño

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 979-13-88206-57-3
THEMA: FLP - FDB - FDV
Depósito legal: M-14196-2026

Prólogo

El mundo no siempre escucha las señales. Desde el principio, el planeta ha hablado a través de sus océanos, sus montañas y sus cielos, susurrando advertencias que, como humanidad, hemos decidido ignorar. Y, sin embargo, todo lo que alguna vez estuvo escrito —en piedras antiguas, en manuscritos olvidados, en las estrellas mismas— apuntaba a este momento.

El año 2026 será recordado como el último año en el que la Tierra permaneció intacta. Muchos lo vieron como otro año de caos cotidiano: las tormentas se volvían más violentas, los mares subían con una furia imparable, y la tierra temblaba como si intentara despertar de un sueño profundo. Sin embargo, para aquellos que sabían leer las señales, el fin era inevitable. Profetas, científicos y seres místicos lo habían anticipado desde hacía milenios, cada uno desde su propia visión del futuro, pero todos convergiendo en un solo punto: el colapso.

Hubo advertencias. Claro que las hubo. Ecos de una verdad incómoda se extendieron por el mundo, desde el frío análisis de las predicciones astronómicas hasta los ecos más místicos de las antiguas civilizaciones. Un asteroide, colosal y despiadado, se precipitaba desde lo profundo del cosmos, pero su caída sería solo el último golpe. Antes de él, la Tierra misma abriría sus entrañas, desatando un cataclismo que fracturaría continentes y derrumbaría las más grandes civilizaciones. No fue el primer apocalipsis, pero sería el último.

El Gran Terremoto —como lo llamarían después— no fue el simple ajuste de placas tectónicas. Fue una sacudida que resonó en el alma de la humanidad, destruyendo lo que una vez creímos inmutable. Ciudades enteras colapsaron en un instante, tragadas por la furia del planeta. La humanidad, que se había erigido como el centro de su propio universo, fue reducida a escombros en cuestión de horas.

Pero lo que pocos sabían es que el Gran Terremoto no era el verdadero final, sino el principio de algo mucho más grande, algo que escapaba a la comprensión de aquellos que solo confiaban en la ciencia o en la razón. Había algo más allá de las piedras que caían y los edificios que se derrumbaban. Algo que se acercaba desde las estrellas.

Ellos llegaron como guardianes silenciosos, observando a la humanidad desde tiempos inmemoriales, esperando el momento en que la Tierra llegara a su punto de inflexión. No vinieron para todos. Su misión no era salvar a una especie en su totalidad, sino a los pocos que estaban listos para trascender. Solo aquellos que habían alcanzado un nivel superior de conciencia, que podían ver más allá de la destrucción material, serían invitados a cruzar el umbral hacia una nueva existencia. Para los demás, solo quedaba la oscuridad.

Los elegidos fueron guiados hacia el amanecer de una nueva era, pero el camino no sería fácil. La Tierra debía morir para renacer, y el asteroide del 2027 sería el golpe final. Las preguntas que persistían eran: ¿Quiénes serían dignos de salvarse? ¿Y qué nos esperaba al otro lado?

El tiempo de las respuestas se acababa. La cuenta atrás ya había comenzado.



Parte 1:

LOS PRESAGIOS DEL FIN

En el año 2026, la humanidad se enfrenta a una serie de crisis cada vez más intensas: el cambio climático avanza sin control, los desastres naturales son cada vez más frecuentes, y las tensiones sociales y políticas están al borde del estallido. Mientras la sociedad se esfuerza por mantener un sentido de normalidad, el mundo comienza a desmoronarse de maneras que desafían la comprensión humana.

Samuel, un científico dedicado a estudiar la actividad geológica, observa un aumento inexplicable en los terremotos y fenómenos sísmicos, pero ninguna teoría científica parece capaz de explicar lo que está ocurriendo. A medida que su frustración crece, **Elena**, una líder espiritual, predice que la humanidad está al borde del «Gran Cataclismo», un evento apocalíptico que ha sido anticipado por antiguas profecías. Mientras Samuel se aferra a los datos y la lógica, Elena confía en las visiones y enseñanzas ancestrales para interpretar los mismos eventos. A lo largo de esta parte, se profundiza en el descubrimiento de textos antiguos que hablan del inminente colapso de la Tierra y la llegada de un asteroide en 2027, lo que provoca un choque entre las teorías científicas y espirituales. Los terremotos y las catástrofes naturales comienzan a intensificarse, creando una atmósfera de caos global que genera miedo y confusión entre las personas comunes, quienes reaccionan de diferentes maneras ante la creciente sensación de inminente destrucción.

En medio de esta crisis, algunos personajes comienzan a tener visiones y sueños en los que seres de luz les advierten sobre el futuro. Estos seres no solo anuncian la proximidad del fin, sino que también hablan de una posible salvación para aquellos que estén espiritualmente preparados. Esta revelación genera un profundo conflicto filosófico: ¿quiénes serán salvados y qué determina su dignidad? El dilema entre lo espiritual y lo racional se

hace cada vez más fuerte, mientras los personajes luchan por entender su papel en los eventos que están por desatarse. **Los Presagios del Fin** marca el inicio del apocalipsis, con el mundo acercándose cada vez más a su destrucción, y la incertidumbre sobre quién, si es que alguien, podrá salvarse.

Capítulo 1:

El último suspiro de la Tierra

1. Introducción

El año es 2026, y la humanidad se encuentra al borde del abismo que ella misma ha provocado. **Los cielos han hablado, y la Tierra responde con furia**. Durante generaciones, los signos estuvieron allí, visibles para aquellos con el ojo interior despierto, pero fueron ignorados. Ahora, la naturaleza desata su ira, y las advertencias que se susurraron en tiempos antiguos se materializan. **El juicio final** de la Tierra no es obra de deidades distantes, sino el resultado del desprecio hacia el equilibrio sagrado del mundo.



Los cielos se han vuelto inestables. Los elementos, antes guardianes de la vida, se han transformado en agentes de destrucción. **Tormentas**

más poderosas que nunca arrasan las costas, y los huracanes, que antaño se movían con el ritmo de las estaciones, ahora golpean sin aviso, cada vez con más fuerza, cada vez con más furia. El gran huracán **Irma II**, predicho por antiguos sabios como el que «traería consigo la ira de los vientos», se ha manifestado, borrando del mapa ciudades que una vez se creían inquebrantables. En los desiertos, donde una vez el agua escaseaba, **diluvios repentinos** inundan la tierra, mientras que las tierras fértiles se convierten en polvo ante **sequías interminables**. En los polos, el hielo ancestral, el guardián del equilibrio del planeta, **se derrite sin piedad**, y las aguas se elevan, devorando ciudades costeras en un silencio que solo la naturaleza conoce. **El gran deshielo** ha comenzado, y el agua, que una vez fue fuente de vida, ahora amenaza con ahogar a la civilización.

Pero no solo los elementos se rebelan. **La vida misma en la Tierra está desapareciendo**. En los bosques sagrados, antaño refugios de sabiduría y misterio, **los incendios arden sin descanso**, destruyendo selvas enteras en cuestión de días, como si el mismo planeta buscara purgarse del daño que ha soportado durante siglos. **Los árboles, los guardianes del aire y de los secretos antiguos, caen**, y con ellos, desaparecen las criaturas que alguna vez los llamaron hogar. **Las especies se extinguen a un ritmo profético**, como fue escrito: «cuando el último canto de las aves se extinga, la humanidad sabrá que su tiempo ha terminado». Los océanos, hogar de civilizaciones más antiguas que la nuestra, se han vuelto **un lugar de muerte**. **Los mares desbordados**, cargados de desechos y veneno, ya no ofrecen refugio, solo devastación.

Y mientras la naturaleza se desmorona, **la humanidad se vuelve contra sí misma**. **Las naciones, cegadas por la codicia y el miedo**, se pelean por los últimos restos de lo que fue abundante. **Los poderosos acaparan lo que queda de los recursos**, como se había profetizado: «los ricos construirán castillos en medio de las ruinas, pero sus muros caerán». En las ciudades del mundo, **los disturbios estallan sin descanso**. En cada rincón del globo, **las masas hambrientas y sedientas se levantan contra sus gobernantes**, sabiendo que el fin se acerca y no hay salvación en los sistemas que antaño prometieron prosperidad. El agua, tan abundante en otro tiempo, **se ha convertido en una moneda de poder**, y las grandes naciones tratan de monopolizar lo que queda, dejando a las más pobres a merced del hambre y la sequía. **Protestas masivas** surgen en las capitales del mundo, desde Nueva York hasta Lagos, **donde los gritos de justicia son ahogados por las fuerzas de la represión**.

En este caos, **los medios de comunicación no son ya heraldos de verdad, sino portadores de miedo**. Cada hora, nuevas imágenes de destrucción son transmitidas: **ciudades devoradas por las aguas, huracanes que arrasan costas enteras, animales que ya no existen más que en los recuerdos**. Los rostros de los presentadores reflejan el terror colectivo, mientras repiten las mismas palabras una y otra vez: **«Estamos al borde»**. La humanidad, que durante siglos pensó que podía controlar la naturaleza, **se enfrenta ahora a una verdad ineludible: hemos cruzado el umbral, y no hay marcha atrás**.

El fin de una era ha comenzado, como lo vieron los antiguos videntes. El ciclo de destrucción y renacimiento que guía el destino de los mundos está en marcha, y la humanidad se encuentra atrapada en la tempestad. Pero, ¿es este realmente el fin? O, como en los mitos de antaño, **¿es solo un paso hacia la purificación, hacia algo nuevo y desconocido?**

Los pocos que aún miran con los ojos del espíritu saben que lo peor está por venir, pero también saben que en la oscuridad siempre hay un destello de luz. Los seres de luz, aquellos que han estado observando desde los confines del universo, ya han comenzado a hacer contacto. **Este es el momento de la elección**. La Tierra está respirando sus últimos alientos, y con ella, la humanidad debe decidir si seguirá descendiendo en su espiral de autodestrucción o si está preparada para trascender, para despertar a una nueva realidad.

El juicio de la Tierra ha llegado, y con él, el juicio de todos nosotros.

2. El científico: Samuel, el geólogo

Samuel Asterion, un hombre cuyo apellido podría haber sido un augurio de su destino, se había dedicado a la geología con la devoción de un sacerdote hacia su credo. Para él, la Tierra era más que una roca flotante en el cosmos. Era un organismo vivo, y las placas tectónicas eran su pulso. A lo largo de los años, Samuel había aprendido a leer ese pulso, a prever los temblores y a comprender la vastedad de los movimientos invisibles bajo la superficie. **El mundo subterráneo era su santuario**, un lugar donde los datos y las teorías prevalecían sobre el caos aparente de la superficie.

En su laboratorio, ubicado en las afueras de **San Francisco**, Samuel trabajaba rodeado de tecnología avanzada. Los monitores digitales, los gráficos en tiempo real de los sismógrafos y los mapas tridimensionales del interior de la Tierra eran su único entorno. Pero últimamente, el ambiente en el laboratorio había cambiado. **Había tensión**. Los instrumentos, que antes

le proporcionaban tranquilidad, ahora solo generaban confusión. Lo que antes era predecible y medible se había vuelto errático. Los temblores, que seguían patrones claros durante décadas, ahora parecían seguir un capricho ajeno a las leyes de la geología. Los datos ya no encajaban.

Samuel siempre había creído que, con suficiente investigación, con más datos, se podría explicar cualquier fenómeno natural. Para él, no había misterio en el mundo que la ciencia no pudiera resolver. Pero mientras analizaba los registros más recientes de la actividad sísmica, **una sensación oscura** comenzaba a arraigarse en su mente. Algo estaba mal. Profundamente mal.

El aumento de la actividad tectónica: un enigma sin respuesta

Durante los últimos meses, **la Tierra había comenzado a moverse con una intensidad inusual**. Los sismógrafos de todo el mundo habían detectado temblores en regiones donde, históricamente, no se esperaba ninguna actividad. Las fallas que habían estado inactivas durante milenios comenzaron a moverse como si algo bajo la corteza estuviera despertando. Samuel había pasado semanas revisando los datos una y otra vez, tratando de encontrar una razón lógica. Quizás había una influencia externa, alguna fuerza tectónica que aún no había sido identificada. Pero no. Nada de lo que sabía sobre la geología de la Tierra, ni las teorías más avanzadas, podía explicar lo que estaba viendo.

Los temblores no solo eran más frecuentes, sino que **eran impredecibles**. Las teorías geológicas, basadas en siglos de observación y estudio, parecían colapsar ante sus ojos. **Los sismógrafos, que antes proporcionaban advertencias claras, ahora fallaban en anticipar los eventos más graves**. A pesar de todos los avances tecnológicos, **la Tierra parecía estar jugando bajo nuevas reglas**, y Samuel no podía comprenderlas.

«**Es como si la Tierra estuviera enviando señales de socorro, pero no podemos entender el lenguaje**», murmuraba Samuel mientras miraba un gráfico que mostraba un reciente temblor en el centro de Asia. En la pantalla, las líneas que indicaban la actividad sísmica se elevaban y caían erráticamente, sin patrón alguno. «No tiene sentido», pensó por centésima vez en las últimas semanas. ¿Cómo podía explicar estos temblores repentinos en regiones que no estaban cerca de las fallas más conocidas?

Sus intentos de rastrear el origen de estas anomalías solo lo llevaban a más preguntas. **Los modelos matemáticos y las simulaciones que**

antes le daban respuestas claras ahora fallaban. No había datos suficientes para prever el siguiente evento, y sin esos datos, Samuel se encontraba navegando en la oscuridad.

El debate con los científicos: teorías catastróficas

En reuniones recientes con otros científicos y expertos en geología, **Samuel había comenzado a expresar su preocupación**. Había algo inusual en el comportamiento del planeta, algo que iba más allá de lo que cualquiera había visto antes. «Estamos viendo algo sin precedentes», les había dicho a sus colegas en una de las últimas videoconferencias internacionales, «y si no encontramos una explicación pronto, no podremos prepararnos para lo que sea que esté ocurriendo».

La comunidad científica estaba dividida. Algunos de sus colegas, especialmente los más jóvenes, compartían su preocupación. Hablaban de teorías catastróficas como un «colapso tectónico», una posibilidad en la que la estructura interna de la Tierra podría estar cambiando de una manera que aún no podían comprender. Los más veteranos, sin embargo, intentaban tranquilizar a los demás. **«Es solo una fase»**, decían, «una serie de eventos anómalos que pasará». Samuel, sin embargo, no estaba convencido. Había algo más grande ocurriendo, algo que ni siquiera los datos más sofisticados podían prever.

«**No podemos seguir creyendo que esto es temporal**», insistió Samuel en una de esas reuniones. «Los datos no se ajustan a ninguna de nuestras teorías. No podemos prever estos temblores, y eso es lo más preocupante. **El planeta está cambiando**, y no sabemos cómo ni por qué».

El silencio incómodo que siguió a sus palabras fue un reflejo del miedo que compartían todos en esa sala, aunque pocos lo admitieran. **La ciencia, que durante tanto tiempo había sido su brújula, ya no parecía capaz de guiarlos**. Algunos lo miraban con recelo, como si estuviera exagerando. Pero otros, aquellos que habían visto los mismos datos que él, sabían que algo estaba profundamente mal.

Las dudas internas: la ciencia, al borde del abismo

Samuel, que había dedicado su vida a la ciencia, comenzaba a experimentar algo que nunca antes había sentido: **la duda**. Había creído, como tantos otros, que los números, las fórmulas y los modelos podían explicar todo. Pero ahora, al enfrentarse a un fenómeno que parecía estar más allá de

la comprensión científica, **la duda comenzó a infiltrarse en su mente**. ¿Y si la ciencia no era suficiente? ¿Y si la Tierra estaba respondiendo a fuerzas que ninguna ecuación podía prever?

«**Todo tiene una explicación**», se repetía una y otra vez en los largos momentos de silencio en su laboratorio. Pero, en el fondo, sabía que esa afirmación estaba comenzando a desmoronarse. Los temblores continuaban. Los modelos fallaban. Y con cada evento inexplicable, su confianza en los métodos científicos disminuía. **Los datos lo traicionaban**, y eso, para Samuel, era lo más devastador.

A medida que la actividad sísmica se intensificaba, algo más profundo dentro de Samuel también comenzaba a agitarse: una **sensación de que algo más grande estaba en marcha**, algo que la ciencia no podía ver ni medir. Pero esa sensación, ese presentimiento, era lo más aterrador de todo. Porque para Samuel, aceptar que algo más allá de los datos pudiera estar influyendo en el planeta significaba aceptar que había fuerzas que no podía controlar ni predecir. Y esa idea iba en contra de todo lo que había creído durante toda su vida. Y, sin embargo, **la Tierra seguía hablándole** en un lenguaje que, por primera vez, Samuel no podía descifrar. La certeza que había mantenido durante tantos años, que la ciencia podía revelar todos los misterios de la naturaleza, comenzaba a desmoronarse frente a la creciente evidencia de que algo más profundo y desconocido estaba en marcha.

Samuel y el colapso de la razón

Los días pasaban, y Samuel seguía inmerso en su rutina diaria, pero ahora con una sensación persistente de inquietud. Las señales de la inestabilidad tectónica se multiplicaban: registros de movimientos en el fondo del océano, **terremotos inexplicables en zonas que nunca habían mostrado actividad**, y sismos en lugares donde las fallas geológicas no deberían estar activas. Los mapas sísmicos que alguna vez le proporcionaban un refugio de seguridad ahora se veían como **constantes recordatorios de su fracaso**. **La Tierra estaba hablando un lenguaje nuevo**, y Samuel, a pesar de todos sus años de experiencia, no podía entenderlo.

Sus noches de trabajo en el laboratorio, rodeado por los zumbidos de las máquinas y los ecos distantes de los temblores que sacudían al mundo, ya no traían la paz que una vez encontraba en ellos. En lugar de respuestas, cada nueva gráfica, cada nuevo dato, solo parecía agregar más peso a sus dudas. **Los patrones conocidos habían desaparecido**. La lógica de las placas tectónicas, de los deslizamientos y de las fallas parecía haberse

desmoronado. Samuel miraba las gráficas de actividad sísmica y se daba cuenta de que **ya no podía confiar en las herramientas que habían guiado su carrera**.

En las reuniones con su equipo, las discusiones cada vez se tornaban más sombrías. Sus colegas, algunos aún jóvenes y llenos de optimismo, seguían tratando de encontrar **alguna teoría alternativa** que explicara los fenómenos. Pero **Samuel había dejado de creer en soluciones simples**. Algo más grande estaba ocurriendo. Lo podía sentir en su propio ser. **La Tierra no solo temblaba físicamente, sino también en el tejido invisible de la realidad**. Y con cada nueva sacudida, Samuel comenzaba a preguntarse si el mundo tal como lo conocían no estaba simplemente colapsando a nivel geológico, sino a un nivel más profundo, **más espiritual**.

El miedo a lo desconocido

Al principio, Samuel había intentado ocultar estas dudas, enterrándolas bajo el manto de la lógica y la razón, pero, con el tiempo, **el miedo a lo desconocido empezó a filtrarse**. Los registros geológicos que no tenían sentido comenzaron a atormentarlo. Las noches de insomnio se volvieron más frecuentes y, en esos momentos de silencio, mientras escuchaba el viento y los ecos lejanos de la actividad tectónica, Samuel empezaba a sentir que lo que estaba ocurriendo **iba más allá de la ciencia**.

Los otros científicos en la comunidad se mostraban divididos. Algunos todavía confiaban en que lo que ocurría no era más que una fase temporal, un ciclo de la Tierra que, aunque violento, pronto volvería a la normalidad. **Otros comenzaban a compartir los temores de Samuel**, aunque muchos no lo expresaban en voz alta. Pero en los pasillos del instituto, en los murmullos de las conferencias y en las charlas privadas, **el miedo se propagaba**. Un miedo que Samuel no había visto antes en sus colegas. Un miedo a que la ciencia, que siempre había sido su faro, ya no fuera capaz de ofrecer respuestas.

«**La Tierra ha cambiado**», pensaba Samuel en esos momentos de soledad en su laboratorio, mientras el brillo de las pantallas de los sismógrafos parpadeaba como si también fueran conscientes del caos inminente. El planeta parecía estar liberando una energía que no podía ser contenida. Y lo más aterrador para Samuel era que, por primera vez en su carrera, sentía que no podía hacer nada al respecto.

La confrontación interna: fe en la ciencia o aceptación del caos

Samuel se encontraba ahora en una encrucijada. **Su fe en la ciencia, la única verdad en la que siempre había creído, comenzaba a desmoronarse**. Los fenómenos que estaba presenciando iban más allá de las herramientas de medición y los algoritmos que durante tanto tiempo habían proporcionado respuestas. Pero aceptar eso era aceptar que todo su trabajo, todo lo que había defendido durante años, no era suficiente para enfrentarse a lo que estaba por venir.

En las reuniones con otros expertos, ya no se sentía como el hombre que alguna vez ofrecía certezas. En su lugar, cada vez que hablaba, **su voz cargaba una duda** que él mismo no podía disimular. Había leído artículos sobre el «colapso tectónico», una teoría catastrófica que predecía una reconfiguración completa de las placas de la Tierra, una especie de reinicio geológico. Sin embargo, esa teoría, aunque aterradora, no parecía explicar completamente lo que estaba viendo.

Samuel había comenzado a buscar respuestas fuera de la ciencia. Había algo en los temblores, en los patrones, que no podía entender, que le hacía pensar que **estaba lidiando con algo más grande que él mismo**. La Tierra parecía estar despertando de un largo sueño, pero **este despertar era violento, impredecible y mucho más oscuro** de lo que él jamás había imaginado.

Mientras se sentaba en su escritorio una noche, viendo cómo los datos sísmicos se actualizaban en tiempo real, Samuel supo, por primera vez, que la ciencia tal como la conocía no tenía respuestas para lo que estaba ocurriendo. **Había algo más grande en marcha**, algo que desbordaba cualquier modelo que la humanidad hubiera creado. Lo sentía en cada temblor, en cada gráfico que se desviaba de las predicciones, en cada mirada ansiosa de sus colegas. **Algo estaba llegando**, y Samuel, por primera vez, sentía que no estaba preparado para enfrentarlo.

3. Elena: La vidente de la transformación inminente

Lejos del caos urbano, en un rincón sereno rodeado de montañas y frondosos árboles, **Elena** vivía una vida de contemplación y sabiduría. Para quienes la conocían, **era más que una líder espiritual**; era una guía hacia una comprensión más profunda del cosmos. **Elena no predicaba dogmas**, sino que transmitía una verdad antigua y universal, tejida a través de

sus años de estudio de las escrituras ancestrales y su constante práctica de la meditación. A sus 50 años, su rostro irradiaba paz, pero sus ojos revelaban el peso del conocimiento que portaba: sabía que el mundo estaba cambiando, y que pocos estaban preparados para lo que vendría.

Vivía en un lugar apartado, lejos de las grandes ciudades, rodeada de naturaleza. **El paisaje mismo era su santuario**, donde el sonido del viento y el susurro de los árboles la conectaban con las fuerzas más profundas del universo. Era aquí donde **Elena recibía sus visiones**, conectada con la esencia misma de la Tierra, mientras el mundo se tambaleaba bajo las crisis ecológicas, políticas y sociales. Y aunque muchos veían solo caos y destrucción, Elena sabía que lo que estaba ocurriendo era parte de un ciclo más grande, **un preludio a una transformación espiritual sin precedentes**.

Profecías y visiones: el fin de un ciclo y el renacimiento

Desde hacía años, **Elena había tenido visiones** que hablaban del fin de una era y el inicio de una nueva. **Las visiones no eran vagas**; eran claras, intensas, y con el paso del tiempo se habían vuelto más frecuentes y urgentes. En sus momentos más profundos de meditación, ella veía **la Tierra desgarrándose**, pero también **vislumbraba una luz** que emergía de esa destrucción, un resplandor que no podía explicarse con teorías ni ciencia.

Para **Elena**, los terremotos, las tormentas, los incendios forestales y los desastres que asolaban el planeta no eran simplemente fenómenos naturales. Eran las señales del final de un ciclo cósmico. Según las antiguas escrituras que había estudiado, **la humanidad había llegado a un punto de no retorno**. El equilibrio había sido roto, y lo que el mundo científico no podía ver era que la Tierra no solo se rebelaba físicamente, sino también espiritualmente. **El colapso de la Tierra, en su mente, no era el fin**, sino una necesaria purificación, el preludio de una nueva era en la que solo los espiritualmente preparados podrían trascender.

Elena había aprendido a ver más allá de lo que era tangible. En sus visiones, los terremotos que Samuel observaba con desesperación no eran anomalías inexplicables, sino parte de un proceso cósmico más grande, una **limpieza espiritual** que debía ocurrir antes del renacimiento. Donde la ciencia veía caos y error, Elena veía un orden superior, una voluntad universal que guiaba el destino de la humanidad y del planeta.

Elena y sus seguidores: preparación para lo que está por venir

Elena no estaba sola en su retiro. **Seguidores de diversas partes del mundo** habían encontrado refugio en su sabiduría, buscando respuestas ante el creciente caos global. Algunos venían en busca de paz interior; otros, desesperados por el miedo a lo que vendría, esperaban encontrar en Elena una verdad más profunda que lo que los medios y los científicos podían ofrecer.

Sentados en círculos alrededor de Elena, bajo el cielo abierto y en medio de la naturaleza, **sus seguidores escuchaban atentamente sus palabras**. En sus charlas, **Elena les hablaba del fin inminente**, pero no como una condena, sino como una **oportunidad para la trascendencia**. Les advertía que **solo aquellos que estuvieran en armonía con la naturaleza, con su propia esencia y con el cosmos** podrían superar lo que estaba por venir. Los que no lograran despertar a tiempo, aquellos que permanecieran atrapados en las cadenas del materialismo y del ego, **se quedarían atrás** cuando el ciclo terminara.

«**El mundo que conocemos debe caer para que uno nuevo pueda nacer**», les decía. «No es el fin, sino una purificación. Pero esta purificación no se trata solo de la Tierra. Se trata de nosotros. **Cada uno debe decidir si está preparado para trascender o si será arrastrado por la tormenta**». Sus seguidores, algunos con lágrimas en los ojos, asimilaban sus palabras, aunque no todos comprendían la magnitud de lo que Elena intentaba comunicarles.

Entre ellos, había quienes encontraban consuelo en su mensaje, mientras que otros se inquietaban ante la gravedad de lo que ella anunciaba. Algunos venían con preguntas desesperadas, queriendo saber cómo podían salvar a sus familias, cómo podían evitar el desastre. **Elena, con su voz tranquila pero firme**, les recordaba que la salvación no estaba en lo físico, sino en lo espiritual. «**El mundo físico está condenado**, pero el alma puede ser liberada si seguimos el camino correcto». No obstante, ella sabía que **no todos aceptarían o comprenderían su mensaje a tiempo**.

El dilema de Elena: el peso del conocimiento

A pesar de su profunda fe en la **inevitabilidad del proceso cósmico**, Elena no estaba exenta de dudas internas. **Sabía que no podía salvar a todos**, y esto la atormentaba en sus momentos más solitarios. **El colapso de**

la Tierra sería catastrófico, y aunque ella veía la transformación espiritual que seguiría, comprendía que muchos quedarían atrapados en el caos. Las visiones no eran solo de luz; también eran de destrucción, de almas perdidas que no lograrían despertar a tiempo.

En su retiro, en medio de la naturaleza, Elena se debatía entre su convicción y la dura realidad de que **no todos escucharían**. Incluso entre sus propios seguidores, sentía que algunos **no estaban preparados**, que las palabras que compartía no llegaban a lo profundo de sus corazones. Sabía que muchos no entenderían hasta que fuera demasiado tarde. Y esa responsabilidad pesaba sobre ella como una carga difícil de soportar.

«**No todos podrán cruzar**», se decía a sí misma, recordando las antiguas escrituras que hablaban de un tiempo en el que la humanidad sería puesta a prueba, y solo los que estuvieran en completa armonía con el cosmos lograrían trascender. Pero verla venir, prever el caos, no hacía que fuera más fácil. **Elena sabía que muchos de sus seguidores confiaban en ella para guiarlos**, pero también sabía que **no todos encontrarían el camino hacia la salvación**. Esa realidad la atormentaba, y aunque mantenía su exterior de calma, **en su interior luchaba con la magnitud del cataclismo que veía acercarse**.

Elena y la gran transformación

En cada visión que recibía, Elena veía un poco más claro lo que estaba por venir. **El fin del ciclo no podía ser evitado**, y la transformación espiritual no era una opción, sino una necesidad. El mundo debía ser purificado. La Tierra, desgarrada por los errores humanos, necesitaba renacer, y solo los que estuvieran verdaderamente en armonía con ese proceso de transformación podrían sobrevivir. Elena entendía que estaba llamada a **guiar a los pocos elegidos**, pero también entendía que no todos seguirían su llamado.

En contraste con el enfoque racional de **Samuel**, quien confiaba en los sismógrafos y los datos para prever el futuro de la Tierra, **Elena veía más allá de lo físico**. Para ella, los eventos catastróficos que se avecinaban eran solo la manifestación externa de un cambio espiritual profundo. Y en ese cambio, **ella debía ser la voz que guiara a los pocos dispuestos a escuchar**, aunque supiera que el tiempo era limitado.

Elena y Samuel, aunque separados por enfoques radicalmente diferentes, estaban conectados por el mismo destino. Mientras Samuel miraba con desesperación los gráficos erráticos de la actividad sísmica, **Elena sentía en su corazón el latido del planeta**, el ciclo que estaba llegando a su

fin. Y aunque ella no compartía las dudas de Samuel sobre el colapso, **sus propias dudas internas** la hacían sentir el peso de lo inevitable.

4. Ciudadanos comunes: Reacciones variadas

En medio del caos que envolvía al planeta, la vida de los ciudadanos comunes había cambiado drásticamente. Cada rincón del mundo sentía el peso de la crisis global, pero la forma en que la gente reaccionaba y enfrentaba el colapso variaba según sus circunstancias, creencias y percepciones. Mientras los gobiernos luchaban por mantener el orden, y los científicos como Samuel intentaban dar sentido a lo que estaba ocurriendo, **la vida diaria se desmoronaba**. En cada esquina del planeta, las personas lidiaban con la incertidumbre a su manera, ya fuera a través de la negación, la lucha desesperada por sobrevivir o, en algunos casos, una conexión espiritual más profunda.

La familia en la gran ciudad: Sobrevivir en medio del caos

En el corazón de una gran metrópoli, una familia como tantas otras luchaba por mantener un mínimo de normalidad en medio del colapso global. **Elena y Joaquín**, junto a sus dos hijos pequeños, vivían en un modesto apartamento en una ciudad que, antaño, había sido un símbolo de prosperidad. Pero la prosperidad era solo un recuerdo distante. Ahora, la ciudad estaba consumida por el caos. **Los apagones eran constantes**, y la falta de agua potable y alimentos había generado disturbios en las calles.

Cada mañana, Joaquín se levantaba antes del amanecer para hacer fila en los centros de distribución de alimentos. Los supermercados habían sido saqueados meses atrás, y lo poco que quedaba era controlado por fuerzas militares o grupos paramilitares que ofrecían protección a cambio de sumas exorbitantes de dinero o favores. **Elena, mientras tanto, trataba de mantener a los niños ocupados**, inventando juegos que hicieran olvidar a sus hijos el miedo que se respiraba en las calles.

«**¿Cuándo volverá la luz, mamá?**», le preguntaba su hija menor, Lía, cada noche mientras los apagones duraban horas, a veces días. Pero Elena ya no tenía respuestas. **Las noticias hablaban de fallos masivos en las redes eléctricas**, de ataques a centrales energéticas y de la incapacidad del gobierno para controlar la situación. Los incendios forestales que ardían sin control en las afueras de la ciudad empeoraban la calidad del aire, mientras **las tormentas anómalas** hacían imposible predecir el clima.